

Los hombres también lloran

Se ha dicho que los hombres no lloran, ya sea porque así nos enseñaron en casa, o bien por la cultura machista en la que hemos crecido. Pero permítame narrarle algunas historias que, por la naturaleza de mi trabajo, he tenido el privilegio de vivir.

Lloran por sus hijos

Recientemente, al terminar un seminario, un mayor de la Infantería de Marina del país donde me encontraba me compartió: «Mi papá era militar; nunca lo había visto llorar, hasta aquel día en el que, siendo yo un adolescente, le anuncié que me iría de casa. Fue tan impactante para mí… Él lloraba desconsoladamente, no podía comprender cómo su hijo se marcharía de casa antes de tiempo». El sufrimiento y angustia. Sin duda una situación así produce un intenso dolor que no halla otra forma de expresarse más que con lágrimas. En secreto o en público, todos los padres hemos llorado alguna vez, ya sea al nacer nuestro primer hijo, al verlo graduarse de preescolar, o bien, en la sala de espera de algún hospital, mientras oramos a Dios para que nuestro hijo salga de la crisis en la que se encuentra. No necesariamente todos los padres lloran por lo mismo, pero lo cierto es que a todos, en algún momento, nos toca llorar por nuestros hijos.

Me encontraba con un matrimonio joven que recién habían perdido a su hijo de dos años. Ambos lloraban copiosamente, sus preguntas no encontraban respuesta: «¿Por qué, si lo amábamos tanto?, ¿por qué nos ocurre esto a nosotros?» De repente, el caballero se voltea hacia su esposa y, con la ternura más sublime que he visto, le asegura: «No es tu culpa ni tampoco mía... No es tu culpa mi amor». Se viven momentos que nunca se olvidan y este es uno de ellos. El sufrimiento, la angustia, las preguntas sin respuestas, y el amor por la dama que ha sido amiga, esposa, y compañera de lucha. Sin duda una situación así produce un intenso dolor que no halla otra forma de expresarse más que con lágrimas.

Lloran por amor

Es frecuente oír en nuestra cultura que los hombres no lloran por amor, pero la realidad es que sí lo hacemos. Definitivamente los hombres sí lloran por amor. Lloran porque aquella mujer amada, después de años de insistencia, al fin corresponde su amor; o porque, aun amándola, ella decide alejarse. Se llora cuando pasan los años y, a pesar de nuestros errores, el amor sigue latiendo en el corazón, y bajo una circunstancia difícil es fácil darse cuenta del calibre de mujer que se tiene al lado. También se llora cuando el amor de la vida parte para siempre.

Lloran por sus errores

Conversaba con un matrimonio producto de un error —según lo afirmó él—. La razón de la crisis de este matrimonio, el segundo para este caballero, era que seguía amando a su ex esposa y a los hijos fruto de aquel primer matrimonio. Pocas veces he visto a un hombre entrado en años llorar de esta manera. Él es alto, robusto, emprendedor, profesional y empresario, pero ahora lloraba como un niño arrepentido. Entre lágrimas y balbuceos, confesaba: «Lo nuestro no tenía por qué haber ocurrido, usted lo sabe». Pero la historia estaba contada, lloraba con remordimiento su error, y no podía devolver el tiempo. Su sentido de responsabilidad le indicaba que tenía que aceptar las consecuencias: la distancia de sus hijos, la pérdida del calor del hogar que tanto le había costado construir, y los abrazos y la cercanía de la mujer de su juventud. No importa lo exitoso que un hombre haya sido, en muchos momentos de la vida llorará sus errores, y en silencio sentirá la culpa que le carcome el alma mientras se pregunta: «¿Qué hice?» Esta escena la he visto repetirse tantas veces que me pregunto por qué no llorar más frecuentemente, llorar lágrimas que nos permitan devolvernos en el camino simplemente para decir lo siento, aunque pensemos que es muy tarde.

Lloran por sus pérdidas

Leí la historia de un esposo que había perdido a su esposa luego de cincuenta y cuatro años de matrimonio. Su hijo, quien cuenta la historia, comentó que su padre casi no lloró en el momento del funeral pero que, al transcurrir las horas, pidió a sus hijos que le llevaran de nuevo al cementerio. Al llegar, se lanzó sobre la lápida y comenzó a recordar los momentos que pasaron juntos: el día que ella lo abrazó cuando él perdió el trabajo; la angustia que vivieron juntos cuando alguno de sus hijos se enfermaba; las ocasiones que le pidió perdón por algún error cometido. «De repente, todos llorábamos tratando de consolarlo», —relata el hijo. Al cabo de unos minutos, el hombre secó sus lágrimas y pidió: «No lloren hijos, no lloren, porque no ha sido un mal día… no fue ella la que tuvo que pasar este momento amargo de tener que despedirme, me tocó a mí. No lloren hijos, porque no ha sido un mal día». Cada vez que leo o cuento esta historia me conmuevo, porque al final de la carrera, cuando el ser amado ha partido, todos lloraremos porque la posibilidad de estar juntos se ha ido, y solo quedará el recuerdo del tiempo compartido.

Lloran por la pena que los mata

Terminaba una conferencia en la que hablaba del perdón. La audiencia la formaba un grupo de ejecutivos de venta de una prestigiosa compañía, y sin que lo solicitara, al final, un joven se puso de pie y llorando descontrolado se dirigió a sus compañeros y contó: «Hace varios años mi papá y yo nos peleamos y dejamos de hablarnos. Él no ha conocido a

mis hijas y estoy seguro de que en el fondo quiere hacerlo. Ninguno de los dos nos hemos dado la oportunidad de acercarnos, pero cuando salga de aquí voy a llamarlo y le preguntaré si quiere conocer a sus nietas. Estoy seguro de que este fin de semana iré a su casa con mi familia para que conozca a mis hijas». Este caballero no sintió vergüenza de llorar frente a sus compañeros, porque a pesar de las bromas pesadas que nos damos entre los hombres, jugando de machos, en el fondo todos deseamos una oportunidad como esta para llorar nuestras penas, y sacar lo que nos está matando por dentro.

Aunque se haya crecido en una cultura machista, los hombres sí pueden llorar, y nada tiene que ver esto con nuestra hombría, y sí tiene que ver con ser seres humanos dotados por Dios con la sensibilidad de llorar nuestras alegrías y nuestros dolores.

En público o en secreto, los hombres... sí lloran. El autor, un reconocido conferencista internacional, ha producido más de 10.000 programas radiales y televisivos sobre temas relacionados a la familia. Es el actual Director de Enfoque a la Familia para el mundo de habla hispana. Vive, junto a su esposa Helen y sus dos hijos varones, en San José de Costa Rica.

Tomado de: Apuntes Pastorales